

¿Qué más se necesita para imprimir al arco del *Ecce-Homo* un carácter para siempre sagrado?

El arco del *Ecce-Homo* se componía antiguamente de tres: el central, que es el que hay sobre la calle, y pasa por ser el verdadero, y dos laterales, de los cuales el del Sud ha desaparecido completamente, y el del Norte y parte del central se encuentran empotrados en el altar mayor de la iglesia contigua y del convento perteneciente á las Damas de Sión, iglesia y convento fundados por el Rdo. Padre María Alfonso de Ratisbona. Sobre el arco de la calle se ve una pequeña mezquita con dos ventanas, que miran, la una al Este y la otra al Oeste, y debajo de la archivolta del arco se encuentran dos antiguas piedras cuadrangulares, sobre una de las cuales estuvo, según la tradición, Pilatos, y Nuestro Señor Jesucristo sobre la otra.

Vencidos en el terreno político, no habiendo podido convencer á Pilatos de que Jesús era un agitador político, un rebelde, un sedicioso, como habían ellos afirmado, se hace preciso que los príncipes de los sacerdotes vuelvan al verdadero terreno, á saber: la pretensión emitida públicamente por Jesús, de ser el Hijo de Dios, es decir: así al crimen de Estado que Pilatos no quería admitir los judíos snstituían un crimen religioso.

Aquellas palabras redoblaron las perplejidades y los terrores secretos de Pilatos. Pilatos, como los romanos del imperio, era á un mismo tiempo escéptico y supersticioso. La frase *Hijo de Dios* le obliga á prestar atención y le parece que es digna de una segunda inquisitoria, no del magistrado, del hombre político, sino del filósofo, del curioso. Además: Jesús le había inspirado respeto, y Pilatos pensaba en sí aquel sabio de quien se contaban tantas maravillas, aquel héroe de paciencia, aquel hombre puro, sería hijo de alguna divinidad. Baja del tribunal, vuelve á entrar en el Pretorio, hace entrar allí á Jesús, y le dice: «¿De dónde eres tú?» Sabía perfectamente que era de Galilea; así pues su pregunta tenía una significación muy diferente. ¿De dónde eres tú? ¿Del cielo ó de la tierra? ¿Eres verdaderamente el Hijo de Dios? Mas Jesús no le dió respuesta.

Por una parte, Pilatos no era competente para proponerle semejante cuestión. Y por otra, ¿no sabía lo bastante acerca de su inocencia para proceder?

Asombrado y ofendido con su silencio, repuso Pilatos: «¿A mí no respondes? ¿Ignoras que está en mi mano el hacerte crucificar ó dejarte libre?»

Jesús, mostrando su compasión hacia aquel poderoso de la tierra, se



A. Scimia, d.b.

JERUSALÉN. — ARCO DEL «ECCE HOMO».

V. Labielle, S. B.

Salvador Ribas, Editor.

dignó entonces decirle estas palabras: «No tendrías sobre mí poder alguno, si no te hubiera sido dado de lo alto». Esta frase causó á Pilatos viva impresión. Y «desde este momento,» advierte San Juan, fuese temor religioso, fuese convicción de su inocencia, «Pilatos trata de salvarle.»

Mas la multitud empezaba á exaltarse. Era evidente que tanta debilidad la había envalentonado y que no consentiría en dejar escapar su presa. Por otra parte, los príncipes de los sacerdotes conocían que había llegado el momento de hacer el postrer esfuerzo. De repente, por impulso de ellos, salió un grito de la multitud: «Si libras á este hombre, no eres amigo del César».

Cada palabra de este memorable proceso es de importancia inmensa. En él se ven el juego de todas las pasiones: ahora se quiere intimidar al funcionario público haciendo sospechosa su fidelidad al emperador, y manifestándole que si no quiere perder á aquel hombre, puede él perder el empleo. Así presentan una acusación de lesa majestad, crimen irremisible ante Tiberio. Este era el golpe. Por esto los príncipes de los sacerdotes lo habían guardado para el último. Pilatos no replicó. La imagen de Tiberio cruzó ante sus ojos, bajó la cabeza, y su débil conciencia cedió ante aquellas palabras. Sentándose en su tribunal, presentó á Jesús á los judíos, diciéndoles: «He aquí vuestro rey». Mas ellos gritaban: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícale!» Antes de ceder, y para vengarse de la bajeza á que se le condena, Pilatos introduce otra vez el puñal en la herida, diciendo: «¿Crucificaré á vuestro rey?» — «No tenemos más rey que el César», contestaron los príncipes de los sacerdotes.

El tumulto iba en aumento, y Pilatos se decidió; no sé por qué escrúpulo de conciencia hace que le traigan agua, se lava las manos á la vista del pueblo y clama en alta voz: «Soy inocente de la sangre de este justo, y vosotros responderéis de ella.»

Lava tus manos, Pilatos; ¡tintas están de sangre inocente! Hasla derramado por debilidad, y no eres menos culpable que si la hubiesees sacrificado por malicia. Las generaciones han conservado hasta nosotros esta expresión: El justo padeció bajo el poder de Poncio Pilatos: *Passus est sub Pontio Pilatos*.

Todo el pueblo se lanza sobre Jesús, se apodera de él, para llevarle al suplicio, y, poniéndose en marcha hacia el Calvario, no se oye más que un grito en la multitud: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

¡Así termina este drama, el más grande que ha existido! ¡Así sucumbió la augusta víctima! ¡Cuán distante de las encantadoras orillas

de Genesaret, de las entusiasmadas multitudes que estaban pendientes de sus labios, del tropel de enfermos que tan hermoso cortejo le hacían! ¿En dónde están todos aquellos á quienes curó? Dificilmente se hallará en este momento, á su lado, un grupo de algunas mujeres llorando. Derramó á manos llenas la luz, la caridad, la compasión; hizo que á su espalda se levantase la sospecha, la calumnia, la traición, la ingratitud. Bienhechor incansable, perecerá aplastado bajo el peso mismo de los beneficios. Santo, habiendo practicado la virtud como nadie la practicará jamás, ve levantarse contra él la conjuración de todas las pasiones. Es justo: que suba pues al calvario en medio de su dulce y tranquila majestad, escoltado por la hipocresía de unos, la cobardía de otros, la cueldad de éstos y el abandono de todos.

Al relatar el abandono de Jesús al furor de los judíos para que le crucificasen, escribe el abate Mislín: «¡Ah! me arrodillé en el sitio mismo en que se dió esta inicua sentencia: rodeado en las ruinas del Pretorio y del palacio de Herodes, recordaba el castigo y la desesperación de Herodes y de Pilatos; veía el templo de Salomón destruído y en cuyo lugar se alzaba una mezquita; todo ha desaparecido, el pueblo judío, los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los senadores y los doctores de la ley; ya no hay altar, tribu, ni sacrificador; *la sangre del justo ha caído* de una manera terrible sobre ese pueblo culpable, disperso actualmente entre las naciones y entregado á su desprecio, en tanto que en toda la tierra se han levantado templos al *Hijo del hombre* á quien ellos condenaron á muerte tan ignominiosamente, y me preguntaba: ¿como es posible que á imitación del centurión del Evangelio no digan todavía: *¿Verdaderamente este era el Hijo de Dios?*»

IV

Concluída la *Via de la Cautividad*, empieza Jesús su *Via dolorosa*. Dase este nombre al camino que recorrió el Salvador del mundo, al trasladarse de la casa de Pilatos al Calvario.

El camino que desde el Pretorio iba hasta el lugar del suplicio era bastante largo, ¡camino que la humanidad ha regado después con sus lágrimas! Téngase en cuenta, ante todo, que la ciudad ha experimentado de entonces acá tantos trastornos y han sido tantas las demoliciones y reconstrucciones sucesivas, que en muchos puntos no está el suelo actual al nivel que en aquel tiempo tenía.

Jesús, al salir del Pretorio, llevaba una cruz, realizando la figura de